

XX.

Aun otra vez bajo el yugo
 Mi corazón gime preso,
 Y ve sus viejos rencores
 Extinguidos y deshechos.

Otra vez la brisa leve
 De mayo llenó mi pecho
 De doradas ilusiones
 Y de dulcés sentimientos.

Las calles más frecuentadas
 Mañana y tarde paseo,
 Y bajo todas las alas
 De paja de los sombreros
 Ver de mi amor me parece
 Los claros ojos serenos.

Aun otra vez yo las turbias
 Ondas con ansia contemplo,

Y aun otra vez sobre el puente
 Meditando me detengo.
 ¡Ah! tal vez por este sitio
 Pase su coche ligero,
 Y chocarán sus miradas
 Con mis miradas de fuego.

Aun de la cascada hirviente
 En los inconstantes ecos
 Escucha mi alma confusa
 Advertencias y consejos,
 Y mi corazón comprende
 Lo que con callado acento
 Las blancas ondas responden
 De las brisas á los besos.

Aun otra vez de la selva
 En los confusos senderos,
 Soñador impenitente
 Melancólico me pierdo;
 Y aun los pájaros del bosque
 Cuando detienen su vuelo,
 Del enamorado loco
 Se burlan con dulce acento.

XXI.

Perfuma la fresca rosa,
 Mas ¿ella su aroma aspira?
 El ruiseñor ¿siente acaso
 La triste melancolía
 Que en sus amargos suspiros
 Nuestro espíritu respira?

No lo sé; pero es lo cierto
 Que cual la rosa encendida
 Y el ruiseñor de los bosques,
 Sin sentir las penas mismas
 Las cantan, y el hombre siente
 Sus penas y sus desdichas,
 Sería en el mundo, á veces,
 Provechosa tal mentira.

XXII.

Te amo, y por eso, alma mía,
 Huyo de tu rostro hermoso.
 ¡No te enfades, dueño mío!
 ¿Cómo, di, unirse podría
 Con tu semblante gracioso
 Mi triste rostro sombrío?

Porque es tu amor mi deseo,
 Mi cara de arrugas llena
 Miro, y triste y demacrada;
 Tú al fin me hallarías feo,
 Y evitar quiero esa pena:
 ¡No te enfades, mi adorada!

XXIII.

Vago en medio de las flores,
 Y mi alma se abre con ellas;
 Soñando voy, y mis pasos
 A cada instante tropiezan.

Sostenme, mi bien, sin eso,
 Ebrio de amor y de penas,
 Rodaré al fin á tus plantas,
 Y el jardín la gente llena.

XXIV.

Cual la imagen de la luna
 En el fondo de las aguas
 Tiembla, mientras ella el cielo
 Cruza con segura planta;

De igual modo tu camino
 Tú prosigues, mi adorada,
 Y sólo tu imagen tiembla
 En mi corazón sin calma,
 Cuando con sus locas penas
 Mi fiel corazón batalla.

XXV.

Su alianza concluyeron
Nuestros pechos inflamados,
Y uno contra otro estrechados,
Del todo se comprendieron.

Tan sólo á la sonrosada
Flor que inocente en tu pecho
Se ostentaba, nuestro estrecho
Abrazo dejó aplastada.

XXVI.

¿Quién inventó el reloj? ¿quién, dime, el tiempo
En minutos partió y horas eternas?
Un hombre helado y triste, que sentado
Una noche de invierno fría y negra,
Contaba con dolor la melancólica,
Inacabable marcha de sus penas,
Y el rumor del gusano que roía
Con monótono ritmo la madera.

¿Quién, dí, inventó los besos? Una boca
Inflamada de amor, dichosa y fresca,
Que sus amantes besos derramaba
Sin pensar que en el mundo hubiese penas:
Era en mayo; las flores perfumadas
Brotaban esparcidas por la tierra,
Sonreía la luz, y enamorados
Los pájaros cantaban en la selva.

XXVII.

¡Cuál perfuman los claveles!
 ¡Cómo las claras estrellas,
 Enjambre de abejas de oro,
 Sobre la extensión serena
 Y violada del cielo
 Silenciosas reverberan!

Blanca y seductora brilla
 La ciudad dormida y quieta,
 Tendida de los castaños
 A la sombra placentera.
 Yo escucho el rumor que al viento
 Da la acristalada puerta,
 Y de una voz dulce el eco
 Escucha mi alma, que tiembla.

¡Convulsión voluptuosa!
 ¡Emoción de encantos llena!

¡Tiernos y tímidos goces!
 Escuchan las rosas bellas,
 Y los ruiseñores cantan
 Ocultos en la floresta.

XXVIII.

¿No he soñado ya otras veces
La dicha que pruebo ahora?
¿No eran los árboles mismos,
Las mismas flores hermosas,
Los mismos besos, las mismas
Miradas halagadoras?

¿No brillaba cual hoy brilla
La alta luna silenciosa,
Sus pálidos resplandores
Deslizándose entre las hojas,
Que á nuestros castos amores
Prestaban su verde bóveda?
Los viejos dioses de mármol,
¿No se alzaban como ahora,
Custodiando nuestra dicha
Con su guarda silenciosa?

¡Ay! yo sé cómo se cambian
Esos sueños que la aurora

Del amor tiñe con dulces
Tintas de ópalo y de rosa;
Cómo las flores, marchitas
Miran al fin sus corolas;
Y cómo los altos tilos
De la enramada frondosa,
Por blanco manto de nieve
Truecan sus lucentes hojas.

Yo sé que un día cercano
Nosotros mismos, hermosa,
Llegaremos á hallar fría
La pasión que hoy nos devora;
A encontrar nuestra presencia,
Hoy nuestro anhelo, enojosa,
Y á olvidarnos... á olvidarnos,
Nosotros ¡mi bien! que ahora
Nos amamos con tal fuego
Y con ternura tan honda,
Y cuyos dos corazones
Hoy abrasados se tocan.

XXIX.

Los besos en la sombra arrebatados
 Y vueltos en la sombra,
 ¡Cómo embriagan de dicha y de alegría
 Y de ventura, el alma del que adora!

Mecida por dulcísimos recuerdos
 Y aun más dulces presagios de alegrías,
 Piensa entonces nuestra alma en muchas cosas
 Que en el futuro duermen escondidas.

Mas ¡ay! tanto pensar es fastidioso.
 Cuando un cuerpo gentil ciñen los brazos.
 Llora más bien ¡mi amada! y que tus lágrimas
 Presten dulce consuelo á tu quebranto.

XXX.

Érase un monarca anciano,
 Su alma estaba fatigada,
 Su cabello estaba cano:
 Aquel viejo soberano
 Tomó joven desposada.

Érase un alegre paje
 Aun más rubio que el celaje
 Que anuncia la blanca aurora;
 Él la cola del ropaje
 Llevaba de su señora.

¿Conoces tú la canción?
 ¡Cuán triste en mi corazón
 Resuena y ha resonado!
 Sucumbir fué su misión;
 ¡Se adoraban demasiado!

XXXI.

Tras mucho tiempo extinguidas,
 En mi corazón florecen
 Las que alumbraron mi vida
 Imágenes sonrientes:
 ¿Qué hay en tu voz, que mi alma
 De tal modo se estremece?

¡No digas, no, que me adoras!
 ¡No digas, no, que me quieres!
 Yo sé que todo lo hermoso
 Que sobre la tierra crece,
 Amores y primavera,
 Por destino horrible deben
 Perecer en breve plazo,
 Morir en término breve!

¡No digas, no, que me adoras!
 ¡No digas, no, que me quieres!
 Cierra tu boca, bien mío,

Y abrázame solamente.
 Cierra tu boca y sonríe,
 Sonríe feliz y alegre
 Cuando mañana estas rosas
 Ya deshojadas te enseñe.

XXXII.

Por la luz de la luna embriagada
La flor del tilo su perfume esparce,
Y los vientos y bosques se estremecen
Del negro ruiseñor con los cantares.

—«Dulce es ¡por Dios! amado de mi alma,
Bajo los altos tilos reclinarse
Cuando vierten los rayos de la luna
Su luz entre los claros del follaje.

»Mira esta hoja ¡mi bien! la forma tiene
De un corazón que tierno palpítase;
Por eso entre los árboles del bosque
Sólo el tilo prefieren los amantes.

»Pero sonríes y mi voz no escuchas,
Cual si en lejanos sueños te abismases,
Dime ¡mi bien! refiéreme al oído
Esos deseos que en tu pecho laten.»

—«¡Ah! con placer te lo diré ¡mi amada!
Quisiera ¡oh cielos! que hasta aquí enviase
El frío norte ráfaga de viento
Que de nieve cubriera el ancho valle.

»Y que nosotros, en trineos bellos
Pintados de colores, palpitantes,
Entre el crujir del látigo que estalla,
Entre el rumor del cascabel sonante,
Bien envueltos en pieles, recorriéramos
Las riberas desiertas y glaciales.»

—«Ah! con placer te lo diré mi amada
 Quisiera ¡oh cielos! que hasta adal enviase
 El frío norte ráfaga de viento
 Que de nieve cubriera el ancho valle.

»Y que nosotros, en trinos bellos
 Pintados de colores, palpitantes,
 Entre el crujir de las estallas,
 Entre el rumor del cascabel sonante,
 Bien envueltos en pieles, recorriéramos
 Las tibetas desiertas y glaciales.»

XXXIII.

A la luz de la luna, yo ví anoche
 Leves pasar los elfos atrevidos,
 De sus campanas escuché los ecos,
 Y escuché de sus cuernos el sonido.

Cabalgaban con ricos paramentos
 En corceles brillantes y blanquísimos,
 Y rasgaban el viento más veloces
 Que una banda de cisnes sorprendidos.

La Reina, sonriendo, en la carrera
 Me hizo al pasar con la cabeza un signo.
 ¿Sonreía por verme nuevamente
 Enamorado y triste y pensativo,
 Ó fúnebre presagio su sonrisa
 Fué tal vez de mi muerte y mi destino?

XXXIV.

Por la mañana te envió,
 Aun cubiertas de rocío,
 Violetas que mi mano
 Cortó, al alba, para tí.
 Por la noche, frescas rosas
 Que al cubrir las tenebrosas
 Sombras el tendido llano,
 Pensando en tu amor, cogí.

¿Sabes tú lo que en tu oído,
 Con eco amante y rendido,
 Con lenguaje misterioso
 Dicen las flores de miel?
 Que me ames durante el día,
 Y que en la noche sombría
 Tu corazón cariñoso
 Sea á mi cariño fiel.

XXXV.

Tu carta dolor impío
 No me causa, aunque es amarga;
 ¡Ya no me quieres, bien mío!
 Pero... tu carta es muy larga.

¡Doce páginas de un corte
 Menudito y apretado!
 Es escribir demasiado
 Para dar un pasaporte.

XXXVI.

No temas que yo el secreto
 Venda de nuestra ventura,
 Aunque mi labio indiscreto
 Hable entusiasta é inquieto
 De tu espléndida hermosura.

Profundamente dormido
 Bajo ese manto de flores
 Y entre sus hojas perdido,
 De mis discretos amores
 Está el secreto escondido.

Y si entre las frescas rosas
 Lucen llamas sospechosas,
 No temas, hermosa mía;
 Nadie ya cree en tales cosas,
 Y lo creerán poesía.

XXXVII.

Los ecos con que llenara
 El día la primavera
 También en mis noches vibran
 Y también mis noches llenan.
 Sus ecos y sus reflejos
 Hasta en mis sueños se mezclan.

Como en paisaje encantado
 Hay en mis noches serenas
 Pájaros que entonces cantan
 Con melodías más bellas.
 Son las brisas más súaves,
 Y de la azul violeta,
 Más lascivo y más ardiente
 El perfume el viento llena.

También esplendor más vivo
 Las castas rosas ostentan,
 Ceñidas por limbos de oro

Como las rubias cabezas
 De los ángeles que adornan
 Los cuadros de las iglesias.

Yo mismo entonces ser creo
 Un ruiseñor que sus penas
 Y su amor canta á esas rosas
 Que ciñen áureas diademas.
 Y entona en mis dulces sueños
 Mi loca mente, que sueña,
 Armonías no escuchadas
 Y melodías soberbias.

Y todo dura tan sólo,
 Tan sólo el encanto llega
 Hasta que del sol los rojos
 Resplandores me despiertan,
 Ó despierto al alboroto
 Con que agitan la arboleda
 Esos otros ruiseñores
 Que, al brillar la aurora bella,
 Enfrente de mi ventana
 Mientras cantan juguetean.